

La arquitectura en el Tercer Reich

Guillermo Aguirre Martínez

guillermo-aguirre@hotmail.com

Resumen

A comienzos de 1934, Hitler encomendó al arquitecto Albert Speer la construcción en piedra de la tribuna del Zeppelinfeld de Nuremberg. Ésta fue la primera de las grandes aportaciones que Speer realizó al amparo del Partido Nacionalsocialista. Poco después, tal y como describe en sus *Memorias*, se le asignaría la remodelación de Berlín, tarea que le supuso un agotador esfuerzo no siempre fructífero al no poder ver realizados sus proyectos excepto en contadas ocasiones. La posibilidad de ver colmados sus deseos profesionales condujo a Speer a establecer un estrecho vínculo con el Führer, dando así lugar a que la arquitectura se consagrara como un eficaz medio de expresión de las principales ideas propugnadas por los dirigentes nacionalsocialistas.

Palabras clave: Speer, *Memorias*, Reich, arquitectura, Nazismo.

Title: Architecture in the Third Reich

Abstract

At the beginning of 1934, Hitler committed Albert Speer an emblematic structure: the stone platform of Nuremberg's Zeppelinfeld. This was the first of the great tasks that Speer with the approval of the Nazi Party carried out all through the Third Reich. Soon after, as quoted in his *Memoirs*, he was committed the remodeling of Berlin which entailed him an enormous and not always rewarding effort. Except for certain works, Speer never achieved his great designs. It was his eagerness to see his professional projects fulfilled that brought him to a narrow tie with Hitler and confirmed Architecture as an ideal vehicle for the spreading of the megalomaniac ideals of the Nazi Party leaders.

Keywords: Speer, *Memoirs*, Reich, architecture, Nazism.

En enero de 1934, Hitler encargó al joven arquitecto Albert Speer la edificación de una tribuna de piedra que viniese a sustituir la anterior, realizada en madera, situada en el Zeppelinfeld de Nuremberg (figura 2). La referencia principal, según indica el propio Speer en sus *Memorias*, fue el Altar de Pérgamo (figura 1). Se entrelazan en este primer gran proyecto, realizado por quien sería la mano derecha de Hitler, varias de las tónicas que conformarían la estructura básica de la arquitectura desarrollada por el Partido Nacionalsocialista desde su llegada al poder hasta su debacle al fin de la Segunda Guerra Mundial.

Lo primero que cabe indicar respecto a este modelo de expresión estético-política, es la creencia en que la arquitectura constituía el medio más adecuado para la propagación de una ideología que debía subsistir incluso tras el derrumbamiento del partido y el consiguiente término de la preponderancia de Alemania en el sistema político mundial. Para llevar a cabo esta tarea, se optó por edificar mediante el sistema de "Ley de ruinas", consistente en el empleo exclusivo de materiales no proclives al desgaste así como el desarrollo de estructuras especiales que fuesen capaces de resistir el paso del tiempo. Este planteamiento suponía la necesidad de remodelar numerosas edificaciones no adecuadas a los propósitos citados, en los que el empleo de la piedra como elemento fundamental de construcción se consolidó como elemento distintivo de la nueva arquitectura.



Figura 1. Altar de Pérgamo



Figura 2. Tribuna principal del "Zeppelinfeld"

La creciente asimilación del espacio urbano al poder político había tomado como modelo de referencia ciertos principios propios de las tres grandes civilizaciones de la Antigüedad, Egipto, Grecia y Roma. Del mismo modo, una gran parte de la simbología y propaganda del régimen nazi se nutrió de ideas procedentes de estas mismas sociedades con el propósito de descubrir ciertos rasgos que vinculasen el esplendor de aquellos tiempos con el que se pretendía revivir en los presentes. La continua reelaboración arquitectónica desarrollada sistemáticamente en las principales ciudades alemanas muestra, por su parte, otra de las peculiaridades relativas al modo de proceder durante el Tercer Reich, consistente en no construir sin destruir previamente aquello que debía ser suplantado, tal y como observamos en la remodelación del señalado Zeppelinfeld (figura 2), donde a su vez presenciamos otro de los rasgos más sintomáticos de las arquitecturas totalitarias, la búsqueda de estructuras colosales como reflejo de la desorbitada megalomanía enraizada en el seno del Partido.

No son estos los únicos aspectos a imitar de las citadas culturas de la Antigüedad. Rosenberg, uno de los principales ideólogos del régimen e igualmente arquitecto de formación, divulgaba y compartía con numerosas cabezas del Partido la idea de que el pueblo alemán procedía directamente de los dorios, habiendo acabado geográficamente tan lejos de sus orígenes como consecuencia de las migraciones realizadas por dicha comunidad en tiempos remotos. Esta asociación fue aprovechada para contraponer un desarrollo vital arraigado a la tierra, a los valores más elementales e ingenuos del espíritu, frente a la corrupción y decadencia connaturales al apogeo técnico de nuestra civilización. Bajo la proclama "sangre y suelo" se pretendió inculcar en la mente de los alemanes la necesidad de religar al pueblo con su tierra, alentando de este modo brotes nacionalistas despertados poco más de un siglo atrás con el auge del Romanticismo. Inculcar a la comunidad una ideología determinada pasó a ser la principal fijación de la cúpula nacionalsocialista, y para ello no sólo la propaganda, sino el arte en general y fundamentalmente la arquitectura, como "documento de piedra", pasaron a ser los principales medios de expresión del poder que atesoraba el Partido, medios defendidos por el mismo Rosenberg en su certidumbre de que todas las formas son hechos y todos los hechos son manifestaciones de la voluntad.

Esta utilización de la simbología como herramienta de dominio logró erigirse como eje central de la cultura emergente, llegándose a sopesar la necesidad de asignar a diferentes ciudades un papel determinado y concreto a la hora de ejercer el control social necesario para el correcto desarrollo de las intenciones organizativas de los

nacionalsocialistas. De esta manera, se pensó en hacer de Munich la "capital del alzamiento"; de Linz, la "capital de la cultura"; de Berlín, la "capital del Imperio", y de Nuremberg, la "ciudad símbolo de lo que sería el nuevo pueblo alemán". En esta última, situándonos de nuevo en el Zeppelinfeld, resulta destacable la creación de una espectacular iluminación que serviría de marco espacial para la celebración del Congreso del Partido en 1935. La composición, denominada "Catedral de hielo" (figura 3), se configuró a base de extensos haces de luz que, dirigidos hacia las alturas, daban la impresión de formar un inmenso bloque arquitectónico que unía el cielo con la tierra en inmediata alusión al pretendido deseo de asociar el nombre de Hitler al de un nuevo redentor de la humanidad.

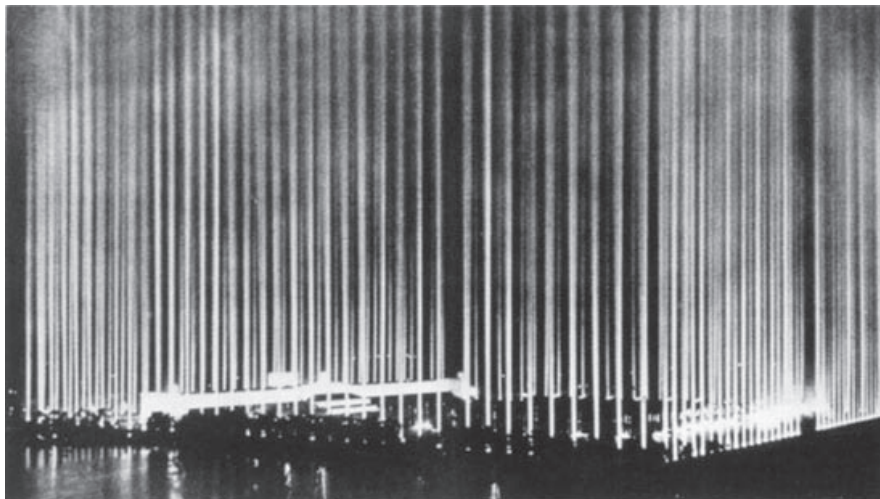


Figura 3. "Catedral de la luz" en el Zeppelinfeld

Nuremberg, como sede de la celebración de los principales actos del Partido, todos ellos dotados de un marcado aspecto ritual, debía albergar diferentes construcciones que semejasen, en su disposición, un inmenso espacio de reuniones donde se pudiese dar cabida, de manera ordenada, a una no menos ingente masa de seguidores y afiliados que harían de esta ciudad una casa común, más allá del lugar de procedencia de cada uno de los asistentes. La maqueta de este gran proyecto fue mostrada en la Exposición Universal de París del año 1937, donde fue distinguida con el Grand Prix, y en ella se puede observar la desmesura de Speer en estas primeras colaboraciones de envergadura al amparo del poder. En uno de los extremos, se situaría el Campo de Marte (figura 4), destinado a desfiles militares y cuya superficie abarcaría 1.050 metros de longitud por 700 metros de anchura. Este espacio desembocaría en una extensa avenida de dos kilómetros de longitud y ochenta metros de ancho, a cuya derecha se situaría una escalinata desde la que Hitler asistiría a los desfiles que allí mismo se celebrarían. Frente a la escalinata, en el margen opuesto de la calle, se elevaría una columnata que daría la bienvenida a un enorme estadio, cuya capacidad sería de 400.000 espectadores (figura 5). Por último, en el otro extremo de la avenida, se abriría un enorme lago que conduciría a la Plaza Luitpold, limitada por un auditorio a un lado y, al otro, por la sala de congresos desde la que Hitler pronunciaría sus discursos. Todo ello configuraría una arquitectura simétrica y armónica que comunicase a los asistentes la idea de una Alemania unida y organizada regida por su nuevo Führer.



Figura 4. Vista panorámica del Estadio Alemán

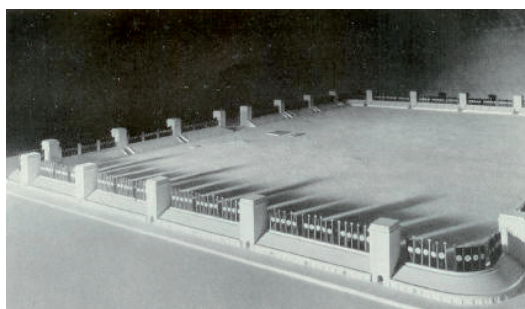


Figura 5. Vista panorámica del Marzfeld

Las continuas descripciones que realiza Speer al respecto en sus *Memorias* hacen referencia a la similitud de estas construcciones con ciertas edificaciones de la Antigüedad clásica, reafirmando así unas motivaciones megalómanas acentuadas, a su vez, por la mayor desmesura de las obras emprendidas en comparación con los modelos indicados. De este modo, el citado campo de desfiles es comparado con los terrenos que poseían los reyes persas en Persépolis; una escultura femenina que se situaría en el centro de la tribuna de honor del Zeppelinfeld es asimilada a otra hecha levantar por Nerón en el Capitolio; y las dimensiones del Gran Estadio son comparadas con las del Circo Máximo de Roma o las Pirámides de Egipto. Tal y como señaló Speer, "lo más grande debía glorificar la obra de Hitler y aumentar la confianza en sí mismo" (Speer 2004: 131). Finalmente, esta empresa se quedó en una quimera absolutamente desorbitada para los medios y las necesidades de un pueblo que asistía al vertiginoso distanciamiento entre unas ideas alejadas de toda proporción mesurada y una realidad incapaz de desarrollarse al margen de unos objetivos más acordes a la naturaleza humana.

Junto a los proyectos de Nuremberg, cuya finalización estaba prevista para el año 1945, Berlín sufría su personal proceso de remodelación una vez que parecía destinada a convertirse en capital del Imperio, e incluso se había decidido ya su nueva designación: Germania. La ciudad, como lugar de residencia del Führer, debía acoger tanto los principales edificios oficiales como algunos otros de carácter festivo y conmemorativo. Como mencionamos anteriormente, el primer paso consistía en derribar todo aquello que se encontrase en el terreno sobre el que se habría de levantar el nuevo marco. Se ideó remodelar la ciudad tomando como estructura un doble eje norte-sur, este-oeste, que la cruzaría y, a su vez, sería circunvalado a diferentes alturas por cinco anillos que facilitarían el desplazamiento de un extremo a otro de la urbe de cara al presumible aumento demográfico que habría de darse en un futuro inmediato (figura 6). Estos anillos serían atravesados por diecisiete calles de sesenta metros de anchura cada una, que, de modo radial, convergerían en el centro de la ciudad, donde debería levantarse la sala de reuniones más grande del mundo y frente a la que se situaría una enorme plaza con cabida para un millón de personas. Esta misma plaza se conformaría como extremo de una inmensa avenida que, con sus 120 metros de anchura y 7 kilómetros de longitud, constituiría el centro de Berlín y encontraría en su otro vértice un enorme Arco del Triunfo alzado como recuerdo a los caídos durante la I Guerra Mundial. Entre la Gran Sala y el Arco de Hitler se situarían todos los ministerios, once en total, así como diversos edificios oficiales, entre los cuales se encontraría la Nueva Cancillería, primera de las grandes construcciones realizadas en esta ciudad. Junto a este núcleo de desorbitadas proporciones destinado a albergar escenarios de estrechamente vinculados con el organigrama del Partido y el Estado, Berlín se abriría paso de modo perfectamente ordenado hacia su extrarradio, dando lugar a un marco urbano cuya altura decaería gradualmente a medida que uno se alejase del centro de la ciudad y se acercase a las

afueras a través de residencias abrigadas reiteradamente por parques y espacios naturales que ayudarían a configurar una urbe viva y dinámica.



Figura 6. Vista aérea del eje Norte-Sur de Berlín

El deseo de dotar a la ciudad de un protagonismo exclusivo derivó en la reorganización de los terrenos situados en cada uno de sus cuatro ejes, con el fin de edificar sendos aeropuertos comerciales, así como en la creación de diversas vías subterráneas que aliviase el tráfico callejero. Igualmente, se habilitarían otras zonas reservadas a centros universitarios, hospitales, museos, un nuevo parque de atracciones situado en el lugar que en esos momentos ocupaba el aeródromo de Tempelhof, un estadio olímpico de proporciones más reducidas que el que se pensaba construir en Nuremberg, y un puente de medidas aún más imponentes que el Golden Gate de San Francisco. Todos estos planes quedaron en proyectos apenas esbozados y en ningún momento recibieron la importancia que sí se iba a conceder al entorno que albergaría los edificios oficiales.

La información más temprana que Speer tuvo de los planes ideados para la creación de la Gran Avenida (figura 7) le fue facilitada directamente por Hitler, quien había realizado personalmente muchos de los esbozos ya desde los años veinte. Los Campos Elíseos, con sus 100 metros de anchura y dos kilómetros de longitud, fueron esta vez el modelo a imitar, pese a que sus dimensiones quedaron pequeñas ante los desorbitados cálculos proyectados por los alemanes. Para su realización hubieron de ser desplazadas dos estaciones ferroviarias que entorpecían la obra así como arrasados otros muchos espacios que obstaculizaban el levantamiento de los edificios que allí se pensaban erigir.

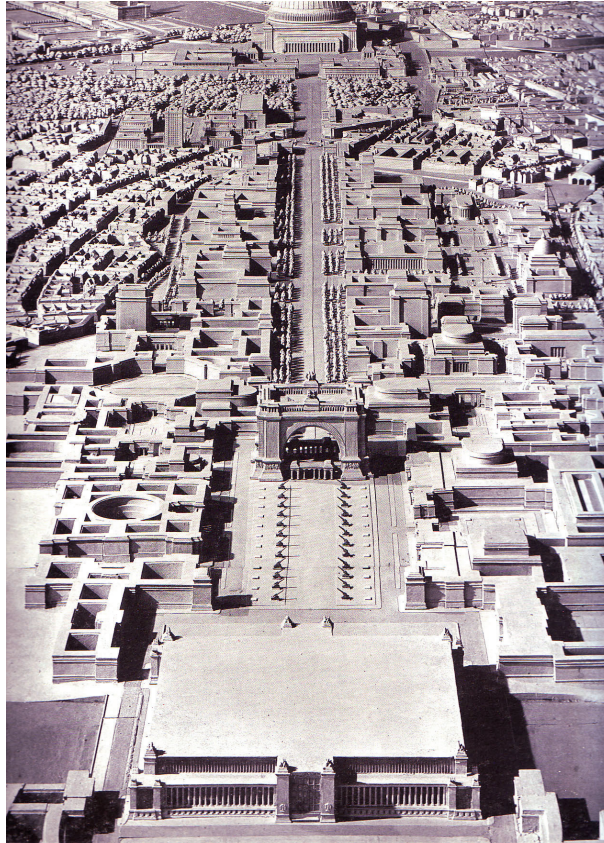


Figura 7. Maqueta de la Gran Avenida

Fue en 1938 cuando Speer comenzó a trabajar dentro del espacio delimitado por esta enorme vía, con la motivación principal de construir una Nueva Cancillería (figura 8). Para la finalización de esta última, le fue otorgado un año de plazo que, pese a la dificultad de la empresa, quedó cumplido con escrupulosa puntualidad. Resulta destacable el interés que se puso nuevamente en levantar un marco arquitectónico que superase en cuanto a proporciones se refiere a cualquier otro edificio de características similares. Baste señalar que, para acceder a la sala de recepción del Führer, el visitante debía atravesar una galería de 145 metros que doblaba en longitud el modelo tomado, la Sala de los Espejos de Versalles. La tarea únicamente pudo llevarse a cabo gracias a los cuatro mil quinientos obreros que trabajaron repartidos en dos turnos, así como a otros mil más que realizaron, desde distintas zonas del territorio alemán, diferentes piezas que posteriormente se integrarían en el conjunto de la estructura. Como dato significativo, hay que destacar que fue bajo este edificio donde se emplazó el búnker en el que Hitler puso fin a sus días. La obra fue destruida cuando las tropas rusas bombardearon Berlín en 1945, y los materiales devastados fueron reutilizados por el bando soviético para levantar un parque y un conjunto de monumentos en recuerdo a las víctimas de Berlín-Treptow. Tanto de la Nueva Cancillería como de otros edificios han quedado inmensas maquetas policromadas con focos incorporados, que en su momento fueron situadas en la Academia de Bellas Artes de Berlín formando una calle artificial de 30 metros de longitud.



Figura 8. Fachada principal de la Nueva Cancillería

De entre las construcciones que jamás llegaron a tomar forma destacan tres, que constituyen una veraz muestra de la locura megalómana que dominaba las cabezas de los responsables del Partido; se trata de la Gran Sala, el Palacio de Hitler y el Gran Arco; precisamente los tres enclaves fundamentales de esta Gran Avenida en cuyo extremo sur se situaría una monumental estación ferroviaria a imitación de la Grand Central Terminal de Nueva York, donde los viajeros, al entrar o salir, deberían atravesar un amplio espacio flanqueado por armas conquistadas al enemigo. El modelo de este pasillo lo encontramos en la Avenida de Esfinges, que comunica el Templo de Karnak con el de Luxor. Este paseo entre cañones pesados y tanques conduciría directamente al denominado Gran Arco de Hitler (figura 9), monumento conmemorativo a los caídos en la I Guerra Mundial, en cuya piedra quedarían grabados los nombres del millón ochocientos mil soldados que dejaron sus vidas en el campo de batalla. Con sus 170 metros de anchura, 119 de profundidad y 117 de altura, el Arco de Hitler superaba ampliamente las dimensiones de la referencia principal de dicha construcción, el Arco del Triunfo napoleónico, levantado en 1805 (figura 10).

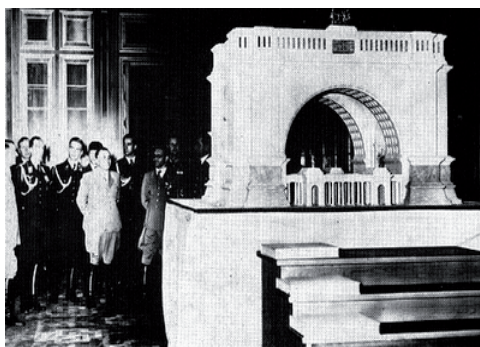


Figura 9. Gran Arco de Hitler (Berlín)



Figura 10. Arco del Triunfo (París)

Por otra parte, en el extremo opuesto de la Gran Avenida, estaba prevista la elevación de una obra arquitectónica colosal que debería conformarse como nueva sede central del Reich. El edificio se situaría en el seno de la Plaza Adolf Hitler, y los primeros planos fueron elaborados en 1937. Este espacio estaba llamado a constituir la mayor sala de reuniones del mundo y tendría capacidad para acoger en su interior entre 150.000 y 180.000 personas. El diámetro interior alcanzaría los 250 metros y la elevación total del conjunto se acercaría a los 300. El modelo que Speer tomó fue el Panteón de Roma, cuyas dimensiones quedarían nuevamente rebasadas, tal y como se aprecia

en los bocetos realizados para su construcción. Los 46 metros de la abertura circular de la Gran Sala (figura 11) dejarían pequeños los 43 del Panteón o los 44 de San Pedro. Se esperaba que el volumen total del marco llegase a los 21 millones de metros cúbicos, motivo por el que se comenzaron a encargar grandes cantidades de granito y piedra a países como Suecia, Italia, Bélgica, Holanda, Noruega y Finlandia, así como enormes bloques de mármol de origen ruso.

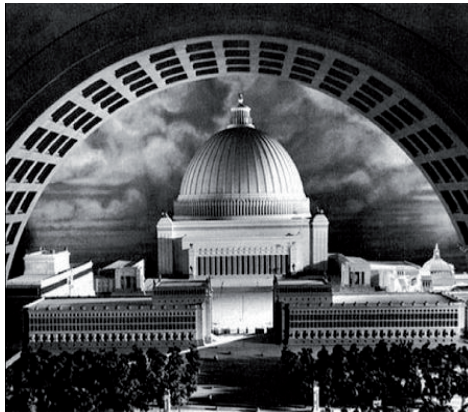


Figura 11. Vista de la Gran Sala desde el Arco de Hitler

Speer menciona en sus *Memorias* un viaje realizado por aquel entonces a Roma y recuerda cuánto le defraudó el ver la Basílica de San Pedro una vez que comparaba sus dimensiones con las de la edificación que él mismo pretendía levantar. Cabe añadir que, en esas mismas fechas, se diseñó en Moscú una construcción similar que debería alcanzar los 300 metros de altura, lo que motivó el disgusto de Hitler y su posterior consuelo tras considerar que, pese a la envergadura del edificio, éste carecería de una cúpula tan descomunal como la que habría de coronar un Parlamento alemán cuya imagen se habría de reflejar en los tres estanques que lo bordeaban y cuyo cenit, símbolo de poder, sería engalanado con la figura de un águila que sujetaría con sus garras no ya la esvástica sino un globo terráqueo, señal inconfundible de las pretensiones totalitarias del Partido.

Pese a la enormidad de la construcción anterior, la obra de mayores proporciones y por la que Speer mostró mayor interés fue el denominado Palacio de Hitler. El mismo arquitecto mencionó en sus *Memorias* las medidas de diferentes obras arquitectónicas con el objeto de resaltar la monumentalidad de un edificio que, finalmente, quedaría en boceto. Así, la Casa Dorada de Nerón no dejaría de ocupar la mitad de la superficie que abarcaría el nuevo palacio. La anterior Cancillería ocupada por Bismarck, que no superaba los 13.000 metros cuadrados, quedaría ridiculizada ante una actual que alcanzaría los 3.100.000 (las zonas reservadas a la residencia de Bismarck cabrían sin problemas dentro del nuevo comedor). La sala de recepción de la Casa Blanca de Washington, con un volumen de 500 metros cúbicos, parecería minúscula frente a los 21.000 de la emplazada en la nueva edificación. Por último, la galería que conducía al despacho del Führer tendría una longitud de 504 metros, distancia que dejaría cortos los 220 metros de la Cancillería también construida por Speer, ya citada anteriormente. A esto habría que añadir la mayor calidad de los materiales de construcción, optándose por el mármol para los espacios interiores y por el granito para las paredes exteriores. Este palacio se situaría frente a la Plaza Adolf Hitler (figura 12) y a ésta sólo se podría entrar por un acceso cerrado mediante una verja de hierro, circunstancia que llevó a Speer a afirmar

que la arquitectura nacionalsocialista se mostraba como la expresión de una tiranía que, lejos de comunicar, limitaba férreamente unos espacios de otros.



Figura 12. Plaza Adolf Hitler

La idea original consistía en dedicar dos tercios de la Gran Avenida a edificios privados, cediendo el resto de espacios a las construcciones públicas, con el fin de dotar al centro de Berlín de un carácter dinámico y urbano, motivo por el cual se proyectó la edificación de numerosos locales de recreo y esparcimiento. Entre estos, cabe destacar un cine con capacidad para dos mil espectadores, una ópera, tres teatros, un enorme hotel, restaurantes y tiendas de lujo, patios y jardines, etc. Todos ellos estarían sometidos a un mismo canon que armonizase la totalidad de las construcciones y las igualase, en lo que a proporciones se refiere, prevaleciendo siempre la armonía horizontal frente al vértigo vertical, y destacándose una vez más la idea de estabilidad y equilibrio que los dirigentes del Partido querían expresar mediante este modelo de edificación.

Junto a estas zonas públicas, se encontrarían otras de carácter oficial de menor envergadura que las anteriormente citadas. De este modo, la Galería de los Soldados configuraría un cubo gigantesco que, presumiblemente, sería empleado como arsenal. Una cripta sería igualmente emplazada en esta Gran Avenida con el fin de albergar los féretros de los mariscales alemanes más importantes de la historia. La totalidad de los ministerios quedaría situada dentro de este conjunto arquitectónico, destacando entre ellos el Ministerio del Aire, a cuya cabeza se encontraba Göring, quien, por otra parte, contrató a Speer con el deseo de construirse una residencia capaz de rivalizar con la que había sido erigida para el Führer, entre cuyas particularidades destacaba una escalinata llamada a ser la más grande del mundo, una fachada que alcanzaría los 240 metros y, sobre todo, una azotea que albergaría un gran parque de 11.800 metros cuadrados en cuyo interior habría una piscina, un bar, diversas fuentes, estanques, columnas, y un teatro con capacidad para doscientos cuarenta espectadores, ocupando en total un volumen de 580.000 metros cúbicos y superando, de este modo, los 400.000 de la Cancillería del Reich edificada en 1938. La respuesta de Hitler la encontramos en los proyectos de construcción del ya citado palacio.

De entre el resto de elementos cabe destacar un nuevo Ayuntamiento, situado junto a uno de los lagos que, a su vez, con sus 1.100 meros de largo y 350 de ancho, separaría la Gran Sala de la Estación Norte de la capital, emplazada en uno de los extremos de la Gran Avenida. Junto al Ayuntamiento se situarían el Alto Mando de la Marina de Guerra y la Jefatura Superior de Policía de Berlín; mientras que el margen este del mencionado lago se cubriría con espacios verdes que rodearían una nueva academia militar.

Resulta interesante la atención que Speer puso en que la zona delimitada por los dos extremos de la Gran Avenida demostrase el poderío político, económico y militar de Alemania, situándose el soberano absoluto del Reich en el centro y, dominando todo Berlín, la Gran Sala como expresión máxima de poder.

El gasto estimado para todas estas reformas urbanísticas oscilaba entre los cuatro y los seis mil millones de marcos Reich, cantidad ingente pero, tal y como señala Speer, en absoluto utópica. Estas obras habrían de completarse con la reforma de la red ferroviaria, así como con la de numerosas calles berlinesas y la construcción de un nuevo metro. A todo ello habría que añadir el impulso edificatorio extendido a lo largo de todo el territorio alemán imitando el modelo de cruz axial berlinés, así como la construcción de foros regionales, lo que no dejaba de halagar los sueños megalómanos de Adolf Hitler, quien, ya desde sus tiempos de Munich, había ido realizando esbozos de algunas de estas edificaciones e incluso elaborado planos que el mismo Speer no dudó en alabar con posterioridad a la caída del régimen, ya sin presión alguna ni temor a ofender las pretensiones artísticas del tirano. Para éste, la arquitectura se consolidaba como símbolo y expresión de una idea que había de manifestarse de modo reiterado y contundente y que, en definitiva, pretendía configurarse como uno de los elementos que proyectase, con la máxima efectividad posible, la grandeza de los postulados que por aquel momento comenzaban a ponerse en funcionamiento. La conciencia de que incluso los mayores imperios habían tenido un origen y un fin había llevado a Hitler y a los arquitectos que tenía a su disposición a realizar sus edificaciones en función no sólo del tiempo presente sino también de cuanto pudiese aún pervivir una vez finalizada su hegemonía. El propósito era, por consiguiente, tanto asegurarse la supremacía en el momento como proyectar hacia el futuro aquello que pretendía consagrarse como un nuevo periodo histórico asimilable a los más grandes imperios de la Antigüedad.

Pese a que la gran mayoría de las construcciones principales no llegaron a realizarse, han quedado planos y maquetas que permiten imaginarse una desmesura que no iba a ser sino un claro reflejo de cuanto acontecería con posterioridad. Hacia el final de la contienda, la Nueva Cancillería y la mayor parte de los Ministerios fueron bombardeados durante el asedio de la ciudad, pese a lo cual, incluso en los momentos de mayor descalabro bélico, continuaron realizándose construcciones en diversos puntos del territorio germánico sin poner reparo alguno en destinar dinero, material y hombres a dicha empresa, dejando absolutamente de lado la penosa situación del pueblo alemán. Parte de los materiales destrozados fueron reutilizados como construcciones en recuerdo de las víctimas, como es el caso del ya mencionado Monumento al Soldado Soviético, realizado con los despojos de la Nueva Cancillería. Bajo ésta, en un búnker edificado mientras millones de seres humanos eran exterminados, finalizaría la vida de Adolf Hitler así como el proyecto de la edificación de una nueva Alemania, cuya población se esperaba que alcanzase en poco más de una década los ciento cuarenta millones de habitantes. Berlín ponía de este modo fin a sus desmedidas pretensiones y con ello se derrumbaba, con el ruido de fondo de la gran ofensiva rusa en abril de 1945, el proyecto de un Imperio, arrasado con la misma rapidez y brutalidad con la que pocos años atrás había levantado sus primeros cimientos.

Bibliografía

- ARIZMENDI BARNES, Luis Jesús (1978): *Albert Speer. Arquitecto de Hitler. Una arquitectura destruida*. Pamplona: Universidad de Navarra.
- MARLET, Luis (1981): *El arte en el III Reich*. Barcelona: Wotan.
- SPEER, Albert (2004): *Memorias*. Barcelona: Acantilado.
- SUDJIC, Deyan (2007): *La arquitectura del poder: cómo los ricos y poderosos dan forma al mundo*. Barcelona: Ariel.